

Luís Foix

## De Lincoln a Obama

El asesinato del presidente Abraham Lincoln un Viernes Santo de hace 150 años, el día 15 de abril de 1865, ha sido contado exhaustivamente en libros de historia, novelas y películas. El relato es sobradamente conocido para cualquier estudiante de secundaria en Estados Unidos, donde se ha escrito y reflexionado tanto sobre su breve historia esparcida sobre su inmensa geografía. Todo es joven en EE.UU. La historia y las tradiciones, también.

Lincoln es conocido básicamente por sus discursos, sus escritos y sus telegramas. Pronunció cientos de discursos, a veces asomado al balcón de la Casa Blanca, en las campañas para ser candidato a la presidencia en 1860, al comienzo de sus dos mandatos, antes y durante la guerra civil, en pueblos y capitales y en las paradas realizadas por el tren especial que le llevaría de Springfield (Illinois) a Washington en febrero de 1861 para ser proclamado presidente.

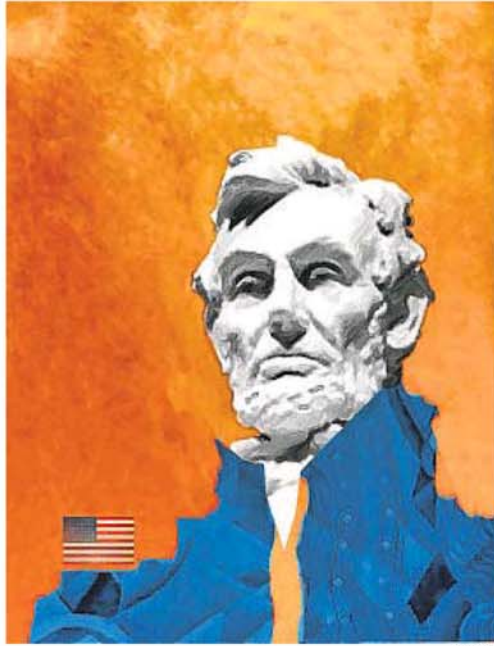
Un trayecto ferroviario de vuelta saldría de Washington el 19 de abril de 1865 transportando su féretro que sería venerado por cientos de miles de norteamericanos, que acudieron a las estaciones o se acercaron a las vías que atravesaban las praderas para rendirle tributo. Los trenes eran la gran novedad tecnológica del momento.

El más emblemático de sus discursos, el de Gettysburg, después de una de las más feroces batallas de la guerra, es el más famoso por su contenido y por su brevedad. Acaba diciendo que "el gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo no desaparecerá de la Tierra".

El asesino, John W. Booth, un artista que conocía bien los rincones del teatro Ford de Washington, le disparó un solo tiro a bocajarro. Era un confederalista que no aceptó la rendición del general Robert Lee ante el general unionista Ulysses Grant, en Appomattox, que puso fin a la guerra civil que se saldó con la muerte de 620.000 soldados y civiles de los dos bandos. Murieron más norteamericanos en aquella guerra que en el resto de los conflictos arma-

dos en los que ha participado Estados Unidos.

Durante los cinco días previos al asesinato los vencedores celebraron el fin de una guerra civil que dejó muchas heridas todavía no restañadas del todo. Recuerdo, de un viaje en autobús por el estado de Misisipi, el lamento de una señora al comentarle el precario estado de las carreteras



MESQUER

Se presentó a las elecciones de 1860 con el programa del Partido Republicano en el que constaba que la esclavitud no podía extenderse a más territorios y que allí donde se practicaba se atacaba la libertad del trabajo, de la adquisición de tierras y del libre movimiento de ciudadanos. En su segundo mandato propuso la decimotercera enmienda, que abolía la esclavitud y esta-

blecía la Proclamación de Emancipación, que declaraba libres a todos los esclavos.

Tuvo que transcurrir otro siglo hasta que el presidente Lyndon B. Johnson rematará la idea con la aprobación de la ley de los Derechos Civiles en 1965. El racismo sigue latente en la sociedad norteamericana, pero la presidencia de Barack Obama, en este sentido, es un homenaje póstumo y lejano a un presidente que peleó y pagó un precio muy alto por defender la igualdad de todos.

Sin embargo, el aspecto que resulta muy interesante señalar es su posición hacia los vencidos, que estaban representados por el general Robert Lee. Cuando esta guerra termine, había dicho, no se va a colgar a nadie, no habrá más derramamiento de sangre por parte de los vencedores. El espectro de la Revolución Francesa lo tenía muy presente. Se empezó con la mejor de las intenciones y al poco tiempo se guillotinaron las cabezas de la oposición, se mataron unos a otros hasta provocar la guerra en todo el continente europeo. Supo ganar y quiso

perdonar.

El mármol Lincoln Memorial de Washington mira hacia el cementerio nacional de Arlington, que había sido la mansión del general Lee, que se benefició de la amnistía y pasó el resto de sus días en el Washington College de Virginia. En Nueva Orleans se le recuerda con una estatua ecuestre en lo alto de una robusta columna de mármol, muy cerca del Museo de los Confederados de la ciudad. La guerra civil no ha desaparecido de la memoria. Pero la inteligencia práctica de Lincoln y Ulysses Grant, el siguiente presidente electo, amortiguó los odios de la guerra. ●

Jordi Llavina

## Vida adicta a la orfandad

Mañana es el día del Libro. Y usted, lector, que está muy harto de objetos que no guardan con el objeto libro más que cierta semejanza en lo externo (pero que para nada tienen una pizca de alma o de sustancia, aquello que reputamos propio de las auténticas obras literarias), usted que, por tanto, espera de alguien de buen corazón que le recomiende algún título que merezca verdaderamente la pena, ha dado con el artículo adecuado.

J.M. Caballero Bonald —Caballero cervantino desde 2012— acaba de publicar *Desaprendizajes* (Seix Barral), un hermoso libro de noventa y un poemas en prosa que reflexionan sobre el tiempo, la escritura y la necesidad de "desaprender al fin lo consabido". Un poema del autor jerezano siempre constituye un ejercicio de la inda-

gación por medio del lenguaje: "Esa secreta actividad de las palabras que no depende más que de su capacidad penetradora en el solar de lo desconocido". Leerlo nos consuela: existe belleza en la intemperie y hasta en la desazón. Veán: "No hay más ávida imagen de la desolación que el cadáver de un barco". Pero léanlo despaciosamente, y reconozcan en sus versos algo esencial (como una mano): "Toca la mano el mundo y quien lo hace redescubre el mundo".

Lean, asimismo, el libro póstumo de Francesc Garriga Barata, *Swing* (Labreu), crudo como llevarse a la boca un pez espada recién arponeado. Acaso sólo cabe ya el "goce efímero de un nuevo día, / nada más". El poeta, anciano, se pregunta: "¿Qué sabes del placer en el lecho del viejo?". Palabras que hieren, graves silencios, el recuerdo de una dramática infancia en la

posguerra, el sexo y la culpa. Y ese despiadado registro de la vejez, sin esperanza ninguna ("hoy somos trastos viejos, los viejos"). Y aun así: "Somos mano que busca mano, para sobrevivir". Algo a lo que asirse en esta "vida adicta a la orfandad", al decir de Caballero Bonald.

Si prefieren la novela, opten por David Monteagudo, que publica *Invasión* (Candaya). Un hombre sin demasiados atributos —que se apellida García y trabaja en una gestoría— empieza un buen día a ver gigantes en su vida. Las alucinaciones son cada vez más frecuentes. Por lo demás, la ciudad parece llenarse de mangas de desescombros... Este es el arranque de una espléndida historia sobre la diferencia y el difícil encaje de uno mismo en un mundo que tiende al pensamiento único y a la memez. ●

Joaquín Luna



## Deja de ser tú, hazte inmortal

Uy, si mañana cambiara mi vida. Yo estoy dispuesto a cambiar de vida y ser otro —morirme, en cambio, me da pereza, me pasa como pisar un gimnasio—. Y supongo que para ser otro conviene ayuda.

Si no te gusta tu vida, ¡Cámbiala! Pensé en autorregalarme este título de autoayuda porque igual mañana me quedo sin libro y me autodeprimo. No es que me irrite del todo mi vida, tampoco es eso, pero le falta algo.

¿Hay algún libro sobre cómo alcanzar la inmortalidad?

La dependencia de la Casa del Libro me remitió a la sección de Filosofía, tras lo cual deduje que no había entendido nada. Yo lo que busco es una inmortalidad modesta y cómoda, una inmortalidad que a lo sumo dé para que te guarden un minuto de silencio en el Nou Sardenyà, el campo del Europa (menuda racha en casa, parecemos *can seixanta*). De modo que seguí buscando en la sección de libros de autoayuda.

Nunca comas solo. Este título me hirió en lo más hondo y estuve a punto de añadir en la tapa "...come con tu

## No es justo que los autores de libros de autoayuda aprovechen tu debilidad para insultarte en el título

suegra", pero el temor a las cámaras de vigilancia frenó el impulso. Uno busca ayuda de buena fe para mejorar, crecer, poner en valor sus virtudes ocultas, dar un giro de 180 grados y se topa con un listillo al que imagino almorzando en silencio con su esposa.

En cambio, *Reilusionarse* parecía otra cosa.

¿Es para regalar?

Comprendí entonces que un título así es para adolescentes a los que acaba de dejar la primera novia.

Deja de ser tú. Hombre, pensé, tampoco hay que faltarle al respeto al posible cliente. ¿Acaso le exijo yo al autor, con imperativo, que escriba literatura, que ya es mayorcito? Yo no digo que a los escritores de libros, manuales y guías prácticas de autoayuda se les vaya la fuerza por el título, pero tampoco es justo que aprovechen la vulnerabilidad de quien quiere mejorar su vida para endosarle una afrenta tan personal.

Por suerte, hay una ingente producción editorial en libros de autoayuda y digo suerte porque a saber lo que sería de la humanidad sin estos libros. Un título atrajo mi atención: *Las mujeres que aman demasiado*. ¿Y qué hace ese libro en una sección como esta? Lagarto, lagarto, ya me conozco el percal: hay mujeres que tienen un corazón tan y tan grande que se entregan con facilidad al primer hombre que pasa y el muy desgraciado se aprovecha. No es que estas señoras sean tonas o les pueda el sexo, no, es que los tios son unos desalmados.

Al final, encontré la obra llamada a guiarme en mi tránsito de la mediocridad a la inmortalidad: *Vivir es un asunto urgente*. Ya sé que no es libro para autorregalarme en Sant Jordi —quizás debiera haber optado por *La maestría del amor: una guía práctica para el arte de las relaciones*—, pero a falta de inmortalidad... ●